

La  
conquista  
del  
**ESPACIO**

BOL SILIBROS

**REINA  
ESTELAR**

**Clark Carrados**

**CIENCIA FICCION**



Eddie Tickner, a sus veinte años, solo tenía en mente disfrutar de la vida, alejarse de su antiguo hogar y recorrer mundo. Con un reparado y viejo F-30 procedente de los saldos de la guerra de 2042 se dispuso a alejarse de su pasado surcando los cielos.

Esa sensación de libertad lo llenaba de euforia y cuando a lo lejos vislumbró un enorme círculo frente a él, avanzó con la firme intención de atravesarlo, nada iba a empañar ese día que se antojaba cargado de emociones. Quizá más de las que siquiera pudiera imaginar.

## CAPÍTULO PRIMERO

Con ojos rebosantes de placer, a pesar de que llevaba meses y meses viéndolo, con el corazón henchido de orgullo, Eddie Tickner contempló el brillante pájaro que se albergaba bajo el cobertizo situado en uno de los ángulos de su casa.

Eddie se sentía terriblemente nervioso. Había llegado el momento de la prueba definitiva, después de interminables días y aun noches de trabajo incesante. Estaba seguro de que, al fin, iba a poder realizar su sueño más querido: volar.

Eddie estaba solo en el mundo a sus veintisiete años. Su madre había muerto cuando él era todavía muy pequeño. Su padre volvió a casarse y la madrastra, si no le hizo la vida imposible, tampoco se la alegró demasiado. Al cumplir los veinte años, su padre se mató en un estúpido accidente. La viuda desapareció de la casa, sin dejar el menor rastro. Malas lenguas de la vecindad sostenían que se había largado con un vendedor ambulante, quince años más joven que ella. Eddie no lo lamentó en absoluto.

La casa y los campos circundantes eran suyos. Eddie no sentía demasiado interés por la agricultura, pero de algo había que vivir. Por suerte, tenía máquinas que le hacían la mayor parte del trabajo, semirobots programados para determinadas tareas, lo que le permitía a él dedicarse a su afición favorita.

Ahora se iba a marchar de la casa donde siempre había vivido. No lo lamentaría excesivamente; si no tenía malos recuerdos, tampoco era un lugar que le hubiera proporcionado la felicidad. Había alquilado la casa y las tierras a un

vecino, por una módica renta anual. Mientras él permaneciese ausente, la renta sería depositada en el Banco.

Al fin había conseguido su sueño dorado: viajar, viajar sin límites, aquí y allá, deteniéndose donde le pareciese con aquel artefacto, incluso podría pararse en la cumbre del Everest. O mecerse sobre las olas del océano o en las tranquilas aguas de un lago, mediante los flotadores de hinchado automático.

Era un viejo F-30, procedente de los saldos de guerra del gobierno, un cazabombardero que había sido la maravilla de los años cuarenta y dos —del 2042, naturalmente—, pero que había caído en desuso apenas se descubrió el generador capaz de anular la fuerza de la gravedad. A partir de aquel momento, la propulsión por energía convencional había perdido su antigua importancia.

Pero todavía había aviones que usaban los métodos viejos. El F-30 era uno de ellos. Eddie le había suprimido una enormidad de cosas que no le iban a hacer falta: determinados instrumentos de control de vuelo, las miras de fuego, el armamento y la munición... Merced a ello había conseguido ganar la no despreciable ventaja de dos toneladas y media, con lo que había podido colocar mayores y más tanques suplementarios de combustible. Ahora, volando a velocidades reducidas, Eddie disponía de una autonomía de casi veinticuatro horas.

Todo estaba listo ya. Eddie no quería despedidas lacrimógenas. Se marchaba y eso era todo. No sabía cuándo volvería, ni tampoco pensaba en ello. Al fin iba a soltar las ataduras que le sujetaban a la tierra. Sería libre como un pájaro.

Mientras daba los últimos toques al aparato tenía la radio en funcionamiento, para oír música. El locutor interrumpió de pronto la melodía para anunciar que el gobierno había nombrado una comisión, al objeto de estudiar los extraños fenómenos que se habían producido en los últimos días y que tantas interferencias y perjuicios causaban a la

navegación aérea. Eddie no prestó demasiada atención a la noticia. Ya estaba abriendo las puertas del cobertizo para sacar fuera el pájaro de metal.

Al abrir la puerta, miró hacia las lejanas colinas, sobre las cuales iba a volar minutos más tarde. El cielo parecía tener allí otra tonalidad, el azul ligeramente menos brillante, como cubierto por una perlina película. Pero no prestó la menor atención al hecho.

Buscó el tractor y lo enganchó a la rueda delantera del tren. Lentamente, el aparato salió rodando del cobertizo y quedó sobre la pista de cemento, construida por el propio Eddie. Apartó el tractor a un lado y corrió a equiparse.

Minutos más tarde, lanzaba un maletín al compartimiento de equipajes. Luego trepó a la cabina y empezó a revisar los instrumentos. Suspiró aliviado al ver en verde el indicador de «Todo Correcto». De repente, se le ocurrió que había olvidado un trámite.

¿Cómo llamaría al avión? Debía darle un nombre, era lo tradicional. Meditó unos instantes. Al fin, creyó haber hallado el nombre apropiado.

—¡Yo te bautizo *Lanza de Plata*! —exclamó solemnemente.

Y presionó el botón de contacto.

Los motores se pusieron en marcha. El tablero de control era algo perfectísimo. Una luz verde se encendió, iluminando un rótulo: «Listo Para Despegue». Eddie aceleró y el *Lanza de Plata* empezó a remontarse verticalmente.

Poco a poco fue ganando altura, a la vez que avanzaba, debido a los propulsores horizontales. Casi de repente, Eddie se encontró volando a más de mil kilómetros a la hora.

Subía en un ángulo de 30°. El velocímetro indicaba cada vez cifras más altas. Eddie gritaba, exultante de júbilo. Aquel era el momento tan largamente soñado durante años y años...

En pocos minutos, se encontró sobre las colinas. Entonces fue cuando reparó en el extraño fenómeno que se había producido en el cielo.

Frente a él se veía un disco opalino, de gigantescas dimensiones. Los bordes eran un tanto difusos y se confundían con el azul del cielo, que se divisaba confusamente a través del disco. Eddie se dio cuenta de que volaba directamente hacia aquel colosal círculo.

Allí sucedía algo raro, tal vez una turbulencia atmosférica, una diferencia de presión, pero, en resumen, nada peligroso. Todo marcharía perfectamente una vez estuviese al otro lado.

El *Lanza de Plata* se arrojó contra el disco, que se agrandó rapidísimamente. Entonces Eddie oyó una serie de ruidos espantosos.

Le pareció que atravesaba el cristal de un gigantesco escaparate, rompiéndolo en millares de fragmentos. Un horrisono repiqueteo de vidrios rotos golpeó atronadoramente sus tímpanos. Durante una fracción de segundo, el cielo se hizo absolutamente negro.

Luego todo fue silencio para Eddie.

\* \* \*

Despertó al sentir el agradable calorcillo de los rayos solares. Lo primero que hizo fue sentarse en el suelo y sacudir la cabeza. De un modo impreciso, se dio cuenta de que estaba en un prado de fresca y jugosa hierba.

Su mente tornó con rapidez a la normalidad. Entonces, con enorme estupefacción, se dio cuenta de que estaba completamente desnudo.

Notó un leve dolor en la boca y escupió sangre. ¿Qué diablos le había pasado?

¿Adónde había ido a parar, después de atravesar el disco opalino?

Miró atónito a su alrededor. El suelo estaba cubierto de minúsculos puntitos brillantes. Del *Lanza de Plata* no quedaba el menor rastro.

Se miró las manos. Faltaba su reloj, con pulsera metálica y le faltaba también un anillo, la antigua alianza de boda de su madre. Al volver a sentir dolor en la boca se tanteó la mandíbula con la lengua y notó, además del sabor de la sangre, la falta de la muela enfundada en oro. Eddie se sentía completamente desconcertado. Había ocurrido algo inexplicable, pero en todo ello había un detalle hasta cierto punto revelador: no quedaba nada de metal.

Aquellos puntitos brillantes... Cogió uno con dos dedos y lo examinó a la luz del día. Sin duda eran los restos de su avión, desintegrado después de atravesar aquel extraño disco. No sabía, no podía explicarse cómo había sucedido, pero era así. Se había producido la desintegración total de cuanto no era materia orgánica viva: su cuerpo.

Por otra parte, y lo comprobó satisfecho, no había sufrido otro daño que la extracción de la muela cubierta de oro. Se puso en pie y apreció la perfecta libertad de movimientos de brazos y piernas. Inspiró unas cuantas veces: pulmones y corazón estaban en magníficas condiciones.

Escupió un poco de saliva mezclada con sangre. De pronto, vio un arroyuelo a poca distancia y caminó sobre la hierba. El agua fría le sirvió para enjuagarse la boca. La hemorragia dental cesó a los pocos minutos.

Entonces exploró los alrededores con la vista. Nada de lo que contemplaba le era familiar. Nunca había estado en aquel lugar. Las lejanas montañas, cubiertas de blanco sus cimas, eran absolutamente desconocidas.

De súbito, creyó ver una carretera a unos dos mil metros de distancia. Una carretera, se dijo, indicaba civilización. Y donde había civilización, existían seres inteligentes.

Empezó a andar. No hacía frío, pero no se sentía complacido de verse tan desnudo como el día en que nació. De súbito, creyó oír un ruido hacia su derecha.

Volvió la cabeza.

Parpadeó.

—¿Estoy soñando?

A unos mil metros de distancia, se veían unos cuantos pájaros gigantes, que batían el aire con sus alas enormes, de más de diez metros cada una. Si eran águilas y le atacaban, se dijo, sería devorado en un santiamén. Se imaginó los polluelos de águila del tamaño de avestruces y sintió que se le ponían los pelos de punta.

Uno de los pájaros volaba algo adelantado respecto de los otros. Eddie juzgó conveniente esconderse debajo de un frondoso matorral. Ya casi tenía encima aquellos colosales pajarracos.

Eran tres en total. Inesperadamente, vio algo que aumentó todavía más su confusión.

¡Los pájaros iban tripulados!

Cada uno de ellos llevaba un hombre sobre sus lomos, cabalgando de la misma forma que lo harían sobre un caballo. Y, además, iban armados con unas extrañas pistolas, cuyo cañón no medía menos de medio metro de largo.

De súbito, vio que una de las pistolas emitía un tenue resplandor, algo parecido a una delgadísima raya de luz. El hombre que volaba en cabeza abrió los brazos, se inclinó a un lado y cayó revoloteando al suelo, estrellándose con sordo choque a menos de veinte metros del lugar en que se hallaba escondido Eddie.

El joven se aterró. Si aquellos hombres le veían, dispararían contra él sin vacilar. ¿A qué misterioso mundo había ido a parar? ¿En qué lugar, donde los pájaros eran gigantes y, además, se hallaban domesticados para servir de cabalgaduras, se encontraba?

Los dos hombres gobernaron a sus monturas aladas, haciéndolas describir un amplio círculo sobre el punto donde

había caído el perseguido. A los pocos momentos, viraron en redondo y se alejaron de aquel lugar a toda velocidad.

El pájaro sin jinete aterrizó a poca distancia y, con perfecta indiferencia, empezó a escarbar la tierra con sus grandes garras, sin duda para buscar comida. Eddie lo contempló con temeroso asombro. Aquel pájaro no medía menos de tres metros desde las patas al arranque del cuello. El pico tenía unas dimensiones descomunales: más de un metro, y parecía capaz de cortar a un hombre en dos de un solo golpe.

Pero, le pareció, debía de ser un ave muy mansa. Los hombres podían engañarse, los animales no, estimó. Y el instinto le dijo que si el pájaro atacase a los seres humanos, ya habría cargado contra el matorral, para disfrutar de la magnífica presa que constituía él.

Arriesgándose a todo, salió de su escondite. El pájaro alzó la cabeza una vez, le miró apaciblemente y luego continuó su tarea. Sin duda estaba buscando lombrices y otros insectos que vivían bajo tierra. Algo más tranquilo, Eddie se acercó al muerto.

Era un hombre joven, más que él, y tenía en el pecho un minúsculo orificio que apenas había sangrado. Eddie se preguntó si sus perseguidores no serían una especie de policías, lanzados a la caza de algún peligroso criminal.

¿Un criminal? La cara tenía un aspecto muy agradable, a pesar de la deformación sufrida por la muerte. Quizá se trataba de algo peor, pensó amargamente.

Una cosa era cierta: allí, al alcance de sus manos, tenía ropas y calzado. Al muerto ya no le hacían falta.

Momentos después, estaba vestido con una blusa holgada, pantalones ajustados y una especie de mocasines blandos, muy cómodos. ¿Adónde podía ir ahora?, se preguntó.

El instinto le hizo saber que se hallaba en un mundo muy distinto de la Tierra. Aquel disco opalino, los extraños fenómenos registrados en los días precedentes y que tanto

habían preocupado al gobierno... ¿Se había producido una colisión de mundos, con los extraños resultados que él había tenido ocasión de padecer?

De repente, antes de que tuviera ocasión de establecer una hipótesis medianamente aceptable, oyó un ruido a sus espaldas.

Alarmado, se volvió, pensando en que tal vez el pajarra-  
co se disponía a atacarle. Pero no, era una mujer.

## CAPÍTULO II

Para Eddie, todo cuanto le sucedía era tan fantástico, que se preguntó si no estaría soñando en su cama. En cualquier momento, se despertaría y comprobaría que todo había sido una pesadilla.

La mujer era joven, de pelo muy negro y pupilas verdosas, exquisitamente formada y de unos veintidós años. Vestía blusa y pantalones cortos, y se calzaba con unos mocasines muy parecidos a los que Eddie se había puesto unos minutos antes.

Ella le miró con infinita curiosidad.

—¿Quién eres? —preguntó.

El joven carraspeó.

—Me... me llamo Eddie Tickner..., pero puedes llamarme Eddie a secas, si lo deseas —respondió.

—Yo soy Lyssis de Vorlux. —De pronto, los ojos de la joven repararon en el cadáver—. Oh... ¡Es Ryhol! ¡Y está muerto!

—Sí, yo me he puesto sus ropas, porque...

—¡Lo has matado tú! —acusó ella.

—Un momento —dijo Eddie—. No te precipites en tus juicios. Te juro que yo no tengo nada que ver con esta muerte. Es más, de no haberme escondido, también estaría haciendo compañía a Ry..., ¿cómo has dicho que se llamaba?

—Ryhol —repitió ella.

—Si era amigo tuyo, lo siento muchísimo. Fueron dos hombres. Le perseguían, montados en un pájaro como ese

que está ahí picoteando la hierba. Uno de ellos disparó una extraña pistola y Ryhol cayó muerto.

—Yo estaba agazapado bajo ese arbusto y por ello no me vieron. Se marcharon apenas comprobaron que Ryhol estaba muerto. ¿Era amigo tuyo?

De pronto, Lyssis cayó de rodillas junto al cadáver, escondió la cara entre las manos y rompió a llorar. Eddie respetó su dolor y aguardó pacientemente a que ella se repusiera.

Al cabo de unos momentos, Lyssis se incorporó, fue al arroyo, se lavó la cara y luego regresó junto al joven.

Dispensa, no he podido contenerme —manifestó—. Ryhol era uno de mis más fieles amigos. Ha muerto por mi causa.

Eddie intuyó que en aquellas palabras había un fondo político indudable.

—Eran hombres de Haron Roh-Kutt —añadió ella.

—Oh... No le conozco...

Lyssis estudió con curiosidad al hombre que tenía frente a sí.

—¿De dónde eres? —preguntó—. ¿Rohnoor o Yawizardor?

Eddie emitió una sonrisa de circunstancias.

—Tierra —contestó.

—¿Tierra? —se extrañó ella—. Nunca he oído nombrar esa región.

—Es que no se trata de una región, sino de un planeta.

Lyssis abrió la boca, estupefacta.

—Te burlas de mí —dijo, irritada.

Eddie levantó las dos manos.

—Juro que digo la verdad —exclamó, porque presentía que se hallaba en un mundo distinto al que había nacido.

—Otro planeta —dijo ella—. Pero ¿cómo has venido a parar aquí? No veo ninguna nave voladora...

—Es un poco largo de explicar —contestó Eddie—. Si te parece, te contaré todo después de que haya enterrado

a Ryhol. Aunque no sé cómo voy a hacerlo, con las manos desnudas...

Lyssis frunció el ceño.

—Llevas sus ropas —dijo.

—Eso forma parte de la explicación —sonrió Eddie.

—Entonces llevas...

Eddie vio que la muchacha alargaba la mano hacia su blusa, pero, casi en el mismo momento, se oyó un distante fragor.

Lyssis cortó el gesto en el acto y volvió la cabeza.

—¡Vienen los tigres emigrantes! —exclamó, aterrada.

—¿Qué? —dijo Eddie.

Ella le agarró por una mano.

—Ven —dijo—. Tenemos que escapar de aquí en el acto o moriremos horriblemente.

El pájaro había alzado la cabeza y parecía muy inquieto. Lyssis emitió un grito, modulado en cuatro tonos, y el ave se agachó, replegando sus patas. Entonces Lyssis subió desde la cola y se situó a horcajadas en la base del cuello.

—¡Aquí, Eddie!

El joven no se hizo de rogar. Lyssis emitió otro grito y el gran pájaro se irguió. Primero corrió unos cuantos metros, batiendo el aire con sus gigantescas alas. Luego dio un tremendo salto y se elevó en las alturas.

Eddie se sentía estupefacto. El vuelo del pájaro era muy suave, aunque, naturalmente, sentía en las posaderas unas ligeras vibraciones, procedentes de las contracciones musculares del animal al mover las alas. Por lo demás, sentado detrás de la muchacha, sobre una esterilla de fibras, gruesas y suaves, a modo de montura, se encontraba perfectamente, sin temor a una caída fatal.

La velocidad no era muy grande; Eddie la calculó entre los setenta y ochenta kilómetros por hora. Pero también se imaginó que, en caso necesario, el pájaro podía volar con mucha mayor rapidez. Aquel vuelo, en apariencia lento y

sostenido, le permitiría al ave mantenerse durante muchas horas en el aire.

De pronto, sin poder contenerse, lanzó una estrepitosa carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lyssis, asombrada.

—Oh... Hace solo unas pocas horas, yo volaba en un aparato, que podía alcanzar miles, de kilómetros por hora. En cambio, ahora estoy sobre un pajarraco...

—¡Mira! —gritó ella de pronto—. Mira hacia abajo y verás de qué peligro hemos escapado.

Eddie se ladeó un poco y sintió frío en la espalda. A unos doscientos metros de distancia, el suelo hormigueaba de seres negros y amarillos, que avanzaban en espesas columnas.

—¿Esos son... los tigres emigrantes?

—Sí. Cuando agotan sus medios de subsistencia en una zona, emigran en manadas compuestas a veces por cientos de miles de individuos. Arrasan todo cuanto encuentran a su paso, ¿sabes?

—Vamos, que este planeta es una delicia. ¿Qué pasa si no encuentran más comida?

—Mueren —respondió Lyssis escuetamente.

—¿Todos?

—Sobreviven los más fuertes, suficientes, sin embargo, para que la especie no quede extinguida. Pero eso puede tardar en producirse todavía algunas semanas... Pobre Ryhol —suspiró—. Ahora devorarán su cuerpo...

De repente, Lyssis lanzó una exclamación.

—Eddie, mira el bolsillo izquierdo de tu camisa —pidió.

—El joven obedeció.

—Hay una placa de metal.

—Dámela.

Eddie le entregó la placa, de metal mate y de unos doce centímetros de largo por seis de ancho. El grueso era inferior a un milímetro. Lyssis la tomó con la mano izquierda,

frotó un poco con la derecha y luego se concentró en el examen de la parte frotada.

Al cabo de unos segundos, volvió a emitir una exclamación:

—¡Lo ha conseguido!

—¿Quién es ese y qué ha conseguido? —preguntó Eddie, que no entendía nada de lo sucedido.

—Haron Roh-Kutt. Violando todas las leyes establecidas por nuestros antepasados, ha hecho caso omiso de la predicción de la Máquina y, tras un golpe de Estado, se ha proclamado «Thsurr».

—Sigo sin comprender nada en absoluto —dijo el joven.

—Debieras comprenderlo...

—Es que no soy de aquí, Lyssis.

—Ah, es verdad. Bueno, la palabra «Thsurr» designa al jefe supremo de este mundo.

—Algo así como rey o presidente, ¿no?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Pero ese autonombramiento es ilegal —contestó.

Eddie soltó una risita.

—Lyssis, dime, ¿tiene Haron la fuerza, es decir, los soldados?

—Sí.

—Entonces no te quejes, porque sería inútil. El que tiene la fuerza tiene también el poder.

—Pero eso es ilegal...

—Haron buscará el procedimiento de legalizar lo que ha hecho.

Ella se revolvió furiosa.

—Diríase que apruebas lo que ha hecho Haron —exclamó.

—No, pero conozco casos similares, que se han producido en mi planeta a lo largo de los siglos. Claro que, por lo que yo sé, ninguna máquina intervino directamente en el